

## CREACIÓN

## Un sábado de gloria

**M**iró hacia la puerta, donde se enmarañaban los ruidos de la calle con el silencio de la alcoba.

Era el momento en que la tarde se achica y se acurruca replegando los pájaros del aire. Fuera, las risas de los niños y el obtuso rumor de los motores. Dentro, la soledad, cárdena y sensible como los lechos de las llagas.

Tendida en el camastro igual que un cadáver, se acomodó a esperar porque estaba segura que vendría. Lo aguardó con el atroz fastidio con que los desahuciados aguardan que amanezca.

Tembló al oírle subir los escalones. Reconoció el sonido de sus pasos y, con él, el gusto de su boca y el placer caprichoso de sus dedos. Cuando el otro abrió, se puso en pie y fue a parapetarse detrás de la cabecera de la cama. Lo vio entrar y patear los muebles. Le buscó en los ojos el coraje, y supo, por su espesor, que solo lo aplacaría con su muerte.

Una vez más, la envolvió en insultos, la acorraló con palabras soeces y, ella, enmudeció de espanto. Sus amenazas le sacudieron los recuerdos: las horas detrás de la mirilla a la espera de que volviese a casa; aquel olvido agrio y sin fisuras con que pagaba su cariño; el desvivirse día y noche, por él, sin ser tenida en cuenta.

Midió, por lo maloliente y sombrío de su furia, la profunda animadversión que le tenía. Pensó que le importaba y se alegró. Se hizo cargo del dolor de su rabia y perdonó el maltrato.

Feroz como una bestia, le gritó que había decidido borrarla de su historia:

—Por culpa de una infamia, que solo se lava con la sangre.

El temblor le contrajo los labios pero intentó que le pareciese una sonrisa cuando osó decirle:

—Puedes hacer conmigo lo que quieras. Nada me dolerá más que tu olvido.

Se desvistió despacio. Las sombras se repartieron el corpiño, el sujetador y las enaguas. La falda quedó intacta a sus pies. Se tendió, desnuda, de nuevo, en el camastro y se ofreció en obsequio para aplacar su ira.

Dispuesto a ejecutar sus planes, apretó el estilete. Al recorrer su cuerpo en busca del lugar donde asestarle el golpe, sus ojos encontraron el rastro de olvidados delirios y adolescentes besos.

Ante el titubeo que le enredaba el puño, le abrió, en cruz, los brazos para ofrecerle el vientre.

Se decidió por el costado izquierdo, donde se agazapaba el corazón maldito. Tendió la mano y le alzó la mama. Justo en la línea del pliegue, escogió el sitio, pero el calor del desolado seno le ablandó la muñeca y le aflojó el empuje.

*Tendida en el camastro igual que un cadáver, se acomodó a esperar porque estaba segura que vendría. Lo aguardó con el atroz fastidio con que los desahuciados aguardan que amanezca.*

El contacto, a ella, la azoró. Reconoció los dedos que otrora le regalaban los placeres y se atrevió a decirle:

—Alivia tu tormento, desquítate en mi carne.

La examinó confuso. Por eso, continuó:

—El asesino crea un lazo eterno con su culpa. Si me matas, además de tu mujer, seré tu crimen.

No logró entender lo que decía. Tan acostumbrado estaba a sus silencios que, llevado del pasmo, se excusó:

—Al herirte aquí, nadie verá la herida; parecerás indemne.

Le dijo:

—No me importa la forma, solo temí que le encargaras a otro la tarea —y le invitó a hacerlo.

La indefensión con que soporta-

—He venido a matarte para limpiar mi honra.

Aspiró sus palabras. La frase retumbó en su cabeza. Se amoldó a su cuerpo y le trenzó las piernas con los muslos. Sucia de sudor y de sangre, parecía un espectro. La cama semejaba una fosa. Se volcó sobre los ojos del marido y evocó las promesas con que la sedujo cuando novios, los juramentos con que había enloquecido sus sueños de chiquilla.

—Cuando más sed tenía, me diste para beber vinagre —le dijo con los labios pegados a su oído.

Intentó levantarse. Desbarató su esfuerzo con un giro febril de la cadera. Palpó, buscando el estilete. Le lamió el cuello. Le apartó la cara y, ella, trastornada, le gritó:

—Me enviaron al mundo para

gencia de su carne y le falló la fuerza. Resolló:

—Es demasiado tarde.

—La vida es un segundo—dijo ella—. El resto se reduce a estar muriendo.

No la veía apenas. Era como un fulgor sin forma, como una palpación en las tinieblas, como una comezón sobre su carne. Lo desnudaba a tientas, como en tantas ocasiones del pasado. Olisqueó el hedor de su coraje y le insistió:

—Se me ocurrió prostituirme por el gusto de saber si te importaba; si soportarías, indolente, mi traición.

Comenzó a escurrirse entre sus dedos como un chorro de lodo y, ella, lo chapoteó como una niña. Escuchó los zumbidos de su sangre, ahuecó la cintura y lo acopló, resuelta, entre las ingles.

—Todo está consumado —exclamó.

Se adaptó al vaivén que le imponían sus caderas: un ondulante baile de caña de maíz bajo la luna.



ba sus enojos lo irritó como un reproche más a la profunda mediocridad de su egoísmo. Al intentar pegarle, cegado por la furia, resbaló y fue a caer, también, sobre la cama.

Ella se revolvió y se echó encima. Le amordazó los labios con sus labios y le inundó la boca de su sabor a sangre. Cuanto más empeño ponía en arrancarse más lo aferraba, pegada a su piel como un crucificado a su madero. Al fin, con su aroma a arcilla, desorientó su rabia.

—Me traicionaste —dijo él.

—Antes me abandonaste tú —se quejó ella.

La tarde se había contraído hasta ponerse oscura. La luz del cuarto se condensaba en el brillo de los cuerpos. Exclamó afligido:

amarte. Con el destino ineludible de quererte me engendraron mis padres. Desde que te recuerdo me he bañado y perfumado para ti.

Nunca le había dicho seguido tantas cosas y se desplomó, horizontal y blanda. Se deslizó por los recodos de su cuerpo como la luz por la espesura. Lo recubrió deuntuosas caricias.

El hombre protestó desesperado:

—¿Por qué me traicionaste?

Le dolió su dolor. Hizo suya su angustia y, para aliviarlo, le explicó:

—Por ver si venías a matarme. Solo para saberlo me hice puta. Porque no soportaba la cruel agonía de tu olvido.

Intentó, otra vez, incorporarse, pero chocó con la blanda intransi-

—No pude soportar que te gustasen otros —dijo él.

Ella tensó las piernas. Espoleó sus ansias. Jadeó. Alzó los hombros y friccionó su pubis. El hombre exhaló algo como un aullido y, ella, convulsionó la pelvis.

—Ven a disfrutar conmigo el paraíso.

Se les abrieron las entrañas. Él se aferraba al aire. Ella a los espasmos de su cuerpo. En la vorágine que los llevaba a errar con las estrellas, se extraviaron los dos y ella dijo:

—En tus manos me entrego.

El uno vibró como una cuerda de guitarra y, la otra, flameó como una antorcha. El velo de la noche se rasgó y las tinieblas se deshicieron en pavesas. Un estertor de muerte los tragó.

Luego, mientras se les disipaba la modorra, tendieron temblorosos las manos y se palparon. Se reconocieron y, sin decir palabra, se alborozaron de estar vivos, con el gozo infantil de una mañana primaveral de pascua.



**Alfredo Sanjuán Ferrer**

Enfermero

**1º Premio**  
Modalidad A  
Certamen de  
Narraciones  
Cortas 2007